



Código documento: 062cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: El nacimiento
Idioma: Castellano
Fecha creación: 26 de abril de 2010
Autor: Gregorio de Zaragoza

El nacimiento

Ella está cansada; llevan muchos kilómetros vagando por el bosque de su entorno y ya va siendo tiempo de descansar.

Hasta que ellos no vieron las cosas claras no se habían decidido, estaba en juego su futuro. También estaban en juego su estirpe y su misión en la vida. Habían sopesado todas las posibilidades y se habían decidido. Se quedó preñada y estaba próximo el alumbramiento elegido.

A su alrededor había ido desapareciendo la piel de la Madre Tierra, el bosque, y ésta, despellejada, moría lentamente ante los ojos de sus impotentes cuidadores. Árboles, arbustos y plantas herbáceas de flores multicolores, eran arrasadas por el fuego y por las hoces hambrientas de seres insaciables, dispuestos a matar la tierra para enriquecerse un poco más. No corrían mejor suerte las aguas de las fuentes y los ríos, infectados por los pesticidas y abonos químicos que intentan acelerar la producción agrícola y con ella, la muerte de las aguas y las tierras. Ante esa bárbara ferocidad poco podía hacer la pareja.

Desaparecida la vegetación y envenenadas las aguas, los peces y las mariposas, los escarabajos, ratones y búhos, y los jabalíes y ciervos tenían sus días contados.

Todavía quedaban algunas islas verdes entre los cultivos, lugares ya enfermos que, por mil precarias circunstancias, habían sobrevivido a tanta destrucción.

Ellos, guardianes de la vida, espíritus del serbal y de la fuente, del roble y de la luz, padres del tejo y del verde luminoso, eran de los últimos de su estirpe mítica en esa maltrecha zona. Su existencia se reducía a un pequeño bosque, rodeado y enfermo, a la salida de Sarria y antes de llegar a Barbadelo.

Ella está muy cansada y no sólo por su abultada preñez; ocurre que desde siempre ese ha sido un lugar de paso para humanos, algunos son nacidos en el lugar y más o menos conocen, conviven y respetan a faunos, ninfas y otros seres fantásticos. A ellos, se les ha unido una riada de caminantes curiosos que se internan en los lares de los guardianes de la Tierra, sin ningún temor ni respeto. Por las constantes intromisiones de los trashumantes y sus desastrosos resultados, les es más difícil el descanso, llegando a tener que "humanizar" sus figuras y sus costumbres para pasar desapercibidos, a pesar de lo incómodo que les resulta tener una carga física, en un entorno tan agreste.

Entre esos caminantes que se hacen llamar peregrinos, hay un numeroso grupo, sin escrúpulos, que mellan la corteza de los árboles, cortan brotes jóvenes y derechos para hacer cayados, arrancan flores, dejan basuras en cualquier lugar, defecan y orinan incluso en las fuentes, molestan y persiguen a los animales y, como no, a los guardianes, sólo con la intención de satisfacer una curiosidad improductiva y morbosa.

Vienen caminando, unos, que suelen ser más respetuosos, desde muy lejos, los otros de unos pocos kilómetros atrás. Todos con la intención de aprehender y comprender en unas pocas horas la esencia de los conocimientos arcaicos que ya hace siglos que no se enseñan, sólo se transmiten. Quieren pillar la esencia del Camino, de la naturaleza, el pulso de la Madre en lo corto de sus frustrantes visitas, y claro está que casi ninguno lo consigue si no es por azar.

Ya ha comenzado el día y la futura madre está muy cansada, con los primeros dolores de parto ha elegido un lugar recóndito en lo profundo del bosque en donde dar a luz, de hecho el parto ha comenzado.

Con el inicio del parto también se inicia el fin de la existencia de la pareja, es parte de su naturaleza mágica, dar vida es entregar la propia, quedarse en el camino y ellos lo saben y lo han elegido así.

Ella, muy seria ante el dramático futuro, ha apoyado su espalda contra el liso tronco de un árbol y en cuclillas ha comenzado a hacer fuerza cada vez que se lo ordena una contracción. Él, sereno, intenta ser útil acariciando la frente de la madre o sus muslos tensos por el esfuerzo.

En ese trance, aparece un peregrino por el fondo del pequeño claro, ajeno al feliz drama, va saludando en voz alta. Para que se le vea bien agita el bordón, mientras va diciendo cuánto se alegra de ver gentes por el bosque, ya que hace dos horas que va perdido y sin rumbo cierto.

No recibe respuesta, sólo unas miradas de profundo reproche y ellos siguen labrando su final. La madre gruñe de dolor y fuerza, el padre seca la frente de su pareja, el peregrino, que se ha aproximado a la pareja, se percata de la situación y hace lo único que sabe hacer, despliega ese escarabajo zumbante que portan casi todos los humanos e intenta ponerse en contacto, con emergencias, la guardia civil, un hospital, cualquier lugar en el que le digan qué es lo que hay que hacer. Por suerte no hay cobertura y el mensaje no sale del claro en el bosque virgen.

Se aproxima a la pareja preguntando si puede ayudar de alguna forma y las nuevas miradas de reproche le hacen retirarse discretamente, no sabe si podrá ser útil en otro momento y se queda frente a la parturienta, expectante por si le llaman aunque sólo sea con un gesto.

Entre las piernas de la madre comienza a aparecer una tenue membrana dorada, que adquiere la consistencia de una pompa de jabón y que se vuelve más transparente conforme se amplía su tamaño. En su interior hay algo vivo, chispeante, de color amarillo limón, que rebulle y pugna por salir de la frágil prisión. En un enérgico impulso, la madre expulsa totalmente la pompa que se eleva en el aire un par de metros antes de estallar en millares de mariposas amarillas, que revolotean en el aire produciendo hermosos destellos cada vez que cortan los suaves rayos de luz de la mañana que se infiltran en el claro del bosque.

Es una cascada de luz y de color que se expande por el aire en vuelos de trayectoria errante y que acaba por dispersarse entre los árboles, ante la amorosa mirada de los padres y la atónita expectación del peregrino que empieza a tomar conciencia de la extraña naturaleza de la pareja.

La pareja ha perdido la energía con la que ha creado a las mariposas y sus contornos comienzan a difuminarse, pero no hay tiempo que perder, vienen gemelos y es natural, ya que si son dos los que se van, dos son los que deben de nacer.

De nuevo las contracciones y el lento alumbramiento, en este caso una pompa de un brillante azul llena de vida. Con cada impulso, con cada centímetro que la pompa emerge de entre las piernas de la madre, ésta y su pareja van perdiendo los contornos como lo hacen las imágenes de una recepción defectuosa de TV.

Tras un nuevo impulso, se pone de manifiesto la naturaleza del nacimiento estallando la pompa que alumbraba y manando, como a presión, un gran chorro de agua cristalina de entre lo que eran las piernas de la madre, que en ese mismo instante se han convertido en dos potentes rocas que cobijan el nacimiento de la fuente. Cuando el peregrino alza la vista hacia el solícito padre, como pidiendo una explicación, éste se ha transformado en un frondoso serbal, que dará cobijo a las mariposas y alimento a muchas aves y animales.

No acierta a comprender y queda en la hierba, atónito, encantado, boqueante por la feliz sorpresa. Le viene justo para reaccionar retirándose del curso de agua que está formando un fresco y puro riachuelo, en el que pronto se cobija la vida y al que sin duda acudirán los animales a saciar su sed.

El peregrino medita en el lugar sobre el valor del sacrificio que la pareja ha realizado y promete ser el vigilante del bosque y del arroyo e impedir a toda costa su degradación estéril.

Al caer la tarde reanuda la marcha sabiendo que nunca podrá contar lo visto, ya que ningún humano le creería. Tal vez y sólo tal vez, cuando envejezca, cuando tenga nietos, es posible que se atreva a contárselo a ellos como si fuese un cuento y ¡quién sabe!, quizás ellos le crean y comprendan su mensaje. Tal vez sea ya hora de contárselo.

Gregorio de Zaragoza